

Operación Masacre: Investigación y memoria de un fusilamiento a lo largo de tres décadas

Celina Fernanda Ballón Patti¹

Resumen

Nuestro trabajo se propone indagar el derrotero seguido por la investigación de Walsh en tanto ejemplo de tres fenómenos que nos parecen particularmente relevantes: la dificultad que presenta cualquier proceso de generación de escándalo en los medios cuando el informante carece de status y no está apoyado por un grupo de poder – puesta de manifiesto por Molotch y Lester – las luchas en torno a la construcción de la verdad – tal como las puntea Michel Foucault – y la relación entre los procesos de construcción de la memoria colectiva y los hitos que marcan el tiempo público. A fin de dar cuenta de ello, no nos limitaremos al momento de la investigación, sino que tendremos en cuenta, además, las relecturas de las que fue objeto la obra a lo largo de la década.

Palabras clave: *Operación Masacre* – memoria – Revolución Libertadora

¹ U.B.A. celinaballon@yahoo.com.ar

Operación Masacre: Investigación y memoria de un fusilamiento a lo largo de tres décadas

La investigación del crimen: rescatando a los muertos de las sombras

Los sucesos que darían inicio a la investigación son bien conocidos: la labor de Walsh se inicia al descubrir a uno de los “fantasmas” de la versión oficial: el fusilado que vive. A partir de allí, irá en busca de los demás, tanto muertos como sobrevivientes. La investigación se plantea, como primer objetivo, la producción de una nueva visibilidad: se trata, en primera instancia, de establecer quiénes son los muertos, de rescatar a los asesinados de la sombra. Lo mismo vale para los sobrevivientes. Se trata de forzar al Estado a reconocer que mató o intentó matar a unas víctimas a las que éste no está dispuesto a reconocer. El único documento oficial acerca de lo sucedido es la lista de víctimas que se publica en los diarios. La investigación de Walsh revela que la misma adolece de errores fundamentales:

“Basta la simple lectura de la lista de ejecutados de San Martín para comprender que el gobierno no tenía la menor idea de quiénes eran las víctimas.

A Benavídez, que gozaba de perfecta salud tras huir del basural de José León Suárez, lo daban por muerto. A Brión, en cambio, que había caído, no lo mencionaban en absoluto. A Lizaso lo llamaban ‘Crizaso’; a Garibotti, ‘Garibotto’.

Parece mentira que se puedan cometer tantos errores en una lista de apenas cinco nombres, que además correspondían a cinco personas oficialmente ajusticiadas por el gobierno.

Lo curioso es que ninguno de estos macabros errores ha sido rectificado, aun después de que yo los denunciara. Oficialmente, pues, Benavídez sigue estando muerto. Oficialmente, el gobierno nunca ha tenido nada que ver con Mario Brión.

Pero el 4 de noviembre de 1956, los diarios informaban que el día anterior se había exiliado en Bolivia Reinaldo Benavídez.” (Walsh: 2001: 84)

Walsh, que todavía cree en la posibilidad de sanear los aparatos represivos del Estado, señala sin embargo que éstos producen, en sus documentos, todo un sistema de invisibilidades y fantasmagorías - un muerto vivo, muertos desconocidos y sobrevivientes innostrados - que hace imposible creer en su discurso. Esta producción de “errores” se comprueba más tarde como deliberada: en tanto no hay una rectificación del documento, la negligencia deviene mentira declarada. La versión oficial se revela como un tejido de tergiversaciones y silencio. Molotch y Lester afirman que en lo que respecta a los asuntos públicos, “la elección de la descripción determina la naturaleza del suceso”; y *Operación Masacre* es un ejemplo de lo dura que puede ser la lucha por la descripción. Así resume Walsh las conclusiones principales de su investigación

:

“Ésta es pues, la mancha imborrable que salpica por igual a un gobierno, a una justicia y a un ejército:

Que los detenidos de Florida fueron penados, y con la muerte, y sin juicio, y arrancándolos a los jueces designados por la ley antes del hecho de la causa, y en virtud de una ley posterior al hecho de la causa, y hasta sin hecho y sin causa.

No habrá ya malabarismos que puedan borrar la terrible evidencia de que el gobierno de la revolución libertadora aplicó retroactivamente, a hombres detenidos el 9 de junio, una ley marcial promulgada el 10 de junio.

Y eso no es fusilamiento. Es un asesinato.” (Walsh: 2001: 131)

Hay aquí, una primera operación de restitución del destino de las víctimas: se trata de operar una restitución discursiva que no les niegue a los muertos – y a sus deudos - la verdad acerca de su fin. Pero no termina allí la operación de restitución: Walsh se propone devolverle a las víctimas su propia identidad. Es notable este afán restitutivo de Walsh. Creemos que los presupuestos que lo llevaron a intentar reconstruir las vidas de los muertos y los sobrevivientes serán enunciados por él mucho después, cuando escribe ¿Quién mató a Rosendo?: “Para los diarios, para la policía, para los jueces, esta gente no tiene historia, tiene prontuario...” (Walsh: 2003: 7). El intento de reconstruir la vida que cada una de las víctimas llevaba antes del accidente forma parte de una estrategia discursiva más vasta, que enfrenta la novela testimonial walshiana con los discursos periodísticos que dan cuenta de la muerte de los pobres – vale decir, la crónica roja. Allí se apilan, a modo de capas geológicas, infinidad de muertos pobres y anónimos que sólo son eso: muertos. Nada queda de ellos luego de la muerte, su recuerdo es mucho más efímero que sus vidas, por breves que hayan sido: los muertos de hoy hacen olvidar a los de ayer. Ninguno tiene rostro: anónimas sus vidas y anónimas sus muertes. Walsh, que inicia una investigación periodística, se enfrenta a las retóricas propias del medio no sólo en su afán de reconstruir la singularidad de cada uno de las víctimas, sino también en el tono que elige para narrar lo sucedido. La crónica roja carece de cualquier respeto elemental por el dolor ajeno. Se trata de contarlo todo, de exagerar incluso si es preciso, porque el sensacionalismo es una garantía de venta. Walsh opta por lo opuesto: el pudor es una de las principales modulaciones de su relato. Incluso relata a medias algunos incidentes, que permiten informar de las desgracias vividas por muertos, sobrevivientes y familiares preservando parte de lo sucedido en la intimidad. Uno de estos hechos nos parece particularmente significativo: se trata de lo sucedido con la esposa de uno de los asesinados. “A fines de 1956, Vicente Damián Rodríguez hubiera sido padre de su cuarto hijo. Su mujer, desesperada y roída por la miseria, se resignó a perderlo” (Walsh: 2001: 95) Walsh nos informa que uno de los hijos de Rodríguez no llegó a nacer. Relata que el niño no nació porque este embarazo fue una de las cosas que quedaron trucas para la familia de Vicente Rodríguez cuando él murió, pero omite mencionar las circunstancias de la pérdida de ese bebé. En ese silencio de está el respeto por el dolor de toda su familia.

La reconstrucción del entramado familiar de cada uno de los muertos y sobrevivientes tiene una gran importancia en el relato. Una vez más, vemos una táctica discursiva que enfrenta a la novela testimonial con los medios masivos, en los que la muerte de seres anónimos parece no tener corolarios para nadie (la historia termina con la muerte de la víctima). Por el contrario: Walsh demuestra que la muerte de los fusilados acarrea otras muertes (la del

hijo de Rodríguez, que ya hemos mencionado, y la del padre de Carlos Lizaso, que fallece aniquilado por la culpa). Habla también del destino de los huérfanos, “criaturas prometidas a la pobreza y el resentimiento”. Recupera, en suma, el drama humano.

Esta estrategia discursiva tiene tres efectos políticos particularmente relevantes. El primero de ellos es inmediato: en este relato acerca de la violencia estatal, se trata de diferenciarse del discurso periodístico, que reduce a la víctima a aquello que el Estado ha hecho con ella. El segundo de los efectos es de carácter profético, y sólo se revelaría plenamente a la luz de los posteriores gobiernos civiles y militares. En la reconstrucción de cada uno de los protagonistas de la tragedia, se despliega un abanico que va desde los sectores obreros más empobrecidos hasta los sectores medios con pretensiones de ascenso social. Vicente Rodríguez es un obrero desempleado que hace trabajos eventuales en el puerto, Nicolás Carranza un ferroviario desocupado que está prófugo a causa de su militancia peronista, Garibotti un ferroviario que espera, sin hacer nada, que las cosas cambien, Horacio di Chiano un obrero con casa propia, Giunta un empleado de comercio, Lizaso un joven que trabaja duro para hacer dinero y lo está logrando, Mario Brión un perito mercantil que lee a Séneca y a Shakespeare, Juan Carlos Livraga un colectivero que vive en un bello chalet construido por su padre. Esta lectura un corolario político de coyuntura: estos hombres son los enemigos sociales no declarados de la autoproclamada “Revolución Libertadora”. Pero los efectos de la reconstrucción de este mosaico social que encarna el conjunto de las víctimas no terminan ahí. Su ejecución devino un símbolo: con estos sectores se ensañarán a nivel económico, cultural y político todos los gobiernos que vinieron después del peronismo. Esto explica buena parte de la resignificación que cobró el libro al calor de la radicalización política del país.

El tercero de los efectos de esta operación discursiva es, quizás, el de mayores alcances en el tiempo. Tiene que ver con las políticas de construcción de la memoria. En una de las semblanzas más dolorosas del libro – la de Vicente Damián Rodríguez, el más pobre de todos los muertos – Walsh expresa su amargura por estas vidas cuyas huellas de su paso por el mundo pueden borrarse con tanta facilidad: “... del paso de Rodríguez por la época de canibalismo en que vivimos sólo quedará – aparte de la miseria en que deje a su mujer y a sus chicos – una foto opaca con un sello que dice precisamente “Biblioteca” (Walsh: 2001: 40)

De lo que se trata, en suma, es de inscribir los nombres de estos hombres en el historial de la violencia política argentina, historial en el que las víctimas del Estado son aún más anónimas que en la crónica roja de los diarios – las crónicas periodísticas se estructuran en base al relato de lo que pasó, y los relatos oficiales a la negación de lo que ha pasado. Esta intención se pone claramente de manifiesto en el cierre de una de sus interpelaciones a Fernández Suárez:

“Muy bien. Ya ha escuchado usted los aplausos, Teniente Coronel. Salude, Teniente Coronel. Sonría, teniente Coronel.

Yo también tengo algo que decirle, antes de que se vaya:

Desde un basural de José León Suárez, desde un sangriento amanecer de junio, cinco rostros de greda lo miran. Yo se los nombro, por si ha tenido usted la debilidad de olvidarlos: Carlitos Lizaso, Vicente Rodríguez, Nicolás Carranza, Mario Brión, Francisco Garibotti.

Éste es el cortejo ensangrentado con que entra usted en la historia.

En algún recodo lo esperan.

Al fin y al cabo fue usted quien los mató.

¿Recuerda?” (Baschetti: 1994: 137)

En este párrafo Walsh sintetiza tres de los más importantes objetivos del libro: rescatar a las víctimas del anonimato, tornar perdurable el recuerdo de su muerte e inscribir el nombre de Fernández Suárez bajo la nómina de represores políticos del país.

Víctimas, culpables e inocentes: certezas e incertezas de un relato inconcluso

Operación Masacre es un relato abierto: los sucesivos prólogos y epílogos son un primer indicio de ello. Marcan los distintos avatares que tuvo la investigación, así como las sucesivas resignificaciones que la obra tuvo a lo largo del tiempo para su autor. Pero a nuestro juicio, los indicadores más firmes acerca del carácter “inconcluso” del relato están en el relato mismo de los hechos. Un capítulo del libro se titula “Las incógnitas”. Allí dice cosas como esta:

Pero ¿hay alguien más, aparte de los ya mencionados? Será difícil encontrar a un testigo que los recuerde a todos; los que podrían hacerlo están ausentes o muertos. Sólo podemos guiarnos por indicios. Torres, por ejemplo, afirmará que había dos hombres más. Del primero supo que era suboficial del ejército. Del segundo, ni siquiera eso.

Otros testimonios indirectos vuelven a mencionar al suboficial. Y precisan: sargento. Las descripciones son confusas, divergentes. Parece que llegó a último momento... Nadie sabe quien lo trajo... Casi nadie lo conocía... Alguien, sin embargo, volverá a verlo, o creará verlo, horas más tarde, en el momento en que recibe un tiro y se desploma.

¿Y el otro? Ni siquiera sabemos si existió. Ni cómo se llamaba, ni quién era. Ni si está vivo o muerto.

Con respecto a estos dos hombres, nuestra búsqueda ha concluido en un callejón sin salida.” (Walsh: 2001: 42)

Operación Masacre es un relato inconcluso, en primer lugar, porque la investigación no ha podido establecer ciertos hechos de manera concluyente: la sospecha y la duda en torno a los hechos más fundamentales – el número de muertos y la identidad de las víctimas – impiden considerarlo un texto cerrado. Pero la incertidumbre no refiere sólo a los hechos. En la narración de los mismos está presente un tono conjetural que a la vez que advierte al

lector que ciertas afirmaciones son hipótesis de Walsh que no han podido ser corroboradas. Al hablar de los motivos que pudieron tener Carranza y Garibotti para ir a la casa de Di Chiano, escribe lo siguiente:

“No hay testigos de lo que hablan. Sólo podemos formular conjeturas. Es posible que Garibotti vuelva a repetir a su amigo el consejo de Berta Figueroa: que se entregue. Es posible que Carranza quiera hacerle algún encargo para el caso de que él llegue a faltar de su casa. Quizá esté enterado del motín que se acerca y se lo mencione. O le diga simplemente:

- Vamos a casa de un amigo a escuchar la radio.

También caben explicaciones más inocentes. Una partida de naipes o la pelea de Lausse que se va a transmitir luego por radio. Algo hubo de todo eso. Lo indudable es que Garibotti ha salido de mala gana y con el propósito de volver pronto. Si después no lo hacen es porque han logrado conquistar su curiosidad, su interés o su inercia. No lleva armas y en ningún momento las tendrá en sus manos.” (Walsh: 2001: 27) En un mismo párrafo se establecen claramente los hechos comprobados y las hipótesis.

En relación al interés por probar la inocencia de las víctimas, lo primero que merece señalarse es que Operación Masacre se plantea como una búsqueda de justicia que se torna particularmente dificultosa no sólo por los ilegalismos propios del dispositivo jurídico – institucional del Estado, sino por el tipo de víctimas de las cuales se trata: acusados de participar en una asonada que buscaba el retorno de Perón al poder. En el clima de feroz revanchismo social que imperaba en la opinión pública al momento de cometerse los crímenes, poco importaba si los fusilados habían sido detenidos con anterioridad a la ley marcial: todo implicado en los hechos era considerado culpable. Walsh tomó muy en cuenta esta situación: estaba pidiendo justicia para un grupo de hombres acusados de participar del motín. Cualquier esperanza de reparación dependía en lograr demostrar que los fusilados no eran militantes políticos: la apoliticidad de los mismos era el requisito fundamental que permitía hablar de un error por parte de las fuerzas represivas del Estado. La inocencia de las víctimas se argumenta en dos planos diferentes: son inocentes por haber sido detenidos antes de la ley marcial y hallarse por lo tanto bajo el amparo de las garantías constitucionales, y son inocentes por no estar involucrados en los hechos. Este último punto resulta particularmente difícil de probar: entre los detenidos se encuentran Norberto Gavino, que estaba involucrado en la asonada, Nicolás Carranza, que era peronista y se encontraba prófugo de la justicia, y Julio Troxler, un ex policía peronista. Walsh brinda esta información a lo largo de las notas, y en el Obligado Apéndice de la primera edición resume de este modo la situación de los detenidos:

Esta gente ha hablado conmigo con toda honestidad y me ha dicho quiénes estaban comprometidos: Torres y Gavino. Quiénes eran los que estaban simplemente enterados: Carranza y Lizaso. Quiénes eran los que no sabían absolutamente nada: Brión, Giunta, Di Chiano, Livraga y Garibotti. Quedando en la sombra, por falta de datos concretos, la actitud mental de hombres como Rodríguez y Díaz. Todo esto consta muy claramente en mi relato. En cuanto a Troxler y Benavídez, poco importa si estaban o no comprometidos, si estaban o

no enterados: el único delito por el cual se pretendió fusilarlos fue llamar a la puerta de una casa.” (Walsh: 2001: 161)

Walsh omite señalar aquí un dato que ha deslizado a lo largo de la investigación: Julio Troxler es peronista, por lo cual puede presuponerse que su visita a la casa en la que se encontraba un implicado en el motín no obedecía a la casualidad. Las estrategias para argumentar la inocencia de los fusilados quedan al descubierto cuando se contrastan con las declaraciones que Walsh realiza en una carta al juez Hueyo:

“Como indudablemente comprometidos en el movimiento aparecen Juan Carlos Torres (el inquilino del fondo) y el suboficial Gavino. Probablemente comprometidos también los tres (tachado) suboficiales restantes (agregado a mano más arriba “*menos Troxler que llegó de casualidad después* [subrayado] *del allanamiento*)

Como potencialmente comprometidos debe considerarse a los restantes civiles (salvo Di Chiano, Giunta y acaso Livraga). Torres y Gabino los habían reunido en torno a un asado, con la intención de proponerles intervenir en el motín. Eran pues revolucionarios potencialmente peronistas, pero técnicamente debe considerárselos inocentes, pues la proposición no llegó a formularseles, es probable que algunos la hubieran rechazado. Para incorporarlos activamente al motín, Torres estaba esperando un contacto telefónico que no se produjo, porque la policía llegó antes” (Baschetti: 2009: 214)

La desvinculación de los fusilamientos de José León Suárez del resto de los fusilamientos de junio se tornaría muy difícil de sostener si esta información constara en las notas de prensa. Y esta separación es un punto clave en la estrategia para lograr el castigo de los culpables: Operación Masacre no es, al momento de su redacción, el relato de la represión de un movimiento político, sino la investigación de un error de los aparatos represivos del Estado.

En su libro *Fusilados al amanecer* Roberto Ferro describe el cuadro de encendida confrontación ideológica que signaba el país al momento en que se publica Operación Masacre. El mismo Walsh lo deja en claro en una carta a Donald Yates: “La libertad de prensa es también muy amplia, salvo para los peronistas, que han visto clausurados todos sus periódicos y revistas. Pero en otros periódicos opositores (frondicistas y nacionalistas sobre todo) se lanzan contra Aramburu y los suyos los más virulentos ataques que haya soportado gobierno alguno. Si uno no es peronista, puede acusar a los actuales gobernantes de todo: asesinos, ladrones, traidores, etc.” (Ferro:2010: 119) Ferro señala a continuación que importantes publicaciones frondicistas – Que y Revolución Popular – no aceptaron publicar las denuncias de Walsh, salvo como parte de otros atropellos de los que se acusaba al gobierno. Creemos que la negativa obedece a la fuerza de la antinomia peronismo/antiperonismo: el reclamo de justicia para los fusilados durante la asonada no era viable para medios de prensa a los cuales cualquier vinculación con el peronismo podía acarrearles la expulsión del campo. La legitimidad con la que contó la represión política del alzamiento de Valle dejaba muy poco lugar para la indagación de posibles errores cometidos por el aparato represivo del Estado. En medio de la lucha por el castigo de estos crímenes, Walsh advierte en la introducción de la primera edición del libro acerca de los riesgos que acarrea la persecución política del peronismo llevada a cabo por el gobierno de

facto: “Más que nada temo el momento en que humillados y ofendidos empiecen a tener razón. Razón doctrinaria, amén de la razón sentimental y humana que ya les asiste, y que en último término es la base de aquélla. Y ese momento está próximo y llegará fatalmente si se insiste en la desatinada política de revancha que se ha dirigido sobre todo sobre los sectores obreros. La represión del peronismo, tal como ha sido encarada, no hace más que justificarlo a posteriori. Y eso no sólo es lamentable: es idiota” (Walsh: 2001: 149)

El rol del periodista como fiscal

La “desatinada política de revancha” señalada por Walsh no cesaría. Y la denuncia de los crímenes no hallaría eco en el nuevo gobierno constitucional, preocupado por reestablecer relaciones con las Fuerzas Armadas. Fernández Suárez es ascendido durante el gobierno de Frondizi, lo cual termina de derrumbar cualquier esperanza de castigo de los crímenes. En palabras de Ferro: “Frondizi elige la vía de la negociación, evita confrontar en un hecho al que, desde un escenario coyuntural, no revestía el valor suficiente como para arriesgarse a una polémica de resultado impredecible” (Ferro: 2010: 126) Los fusilados de José León Suárez se transforman en parias: se trata de muertos asesinados por razones políticas que ninguna fracción política reclama como propios – Ferro puntualiza que por entonces el peronismo, sumido en una grave crisis, tampoco se interesa por la historia. Walsh ha fracasado en asumir el lugar de fiscal. La actitud tomada por Aramburu hace patente las reglas de juego de la política, en las que un teniente coronel fusilador es una pieza mucho más valiosa que un oscuro periodista que invoca derechos y garantías. Una vez que queda claro que las instituciones no lo reconocen como interlocutor y que su discurso no interesa a la ciudadanía, Walsh pasa a interpelar directamente a Fernández Suárez. Lo que comenzó como un llamamiento a la opinión pública y a las instituciones concluye como un duelo entre el periodista solitario representante de la justicia - y el coronel fusilador:

“No falta quien nos dice “¿Por qué no lo dejan tranquilo?”, y hablan de puentes de plata. Ojalá fuera posible. Son otras voces las que claman por nosotros.

No crea que nos agrada este papel. Personalmente comprendo sus peores implicaciones. Pero, ¿cómo haríamos usted o yo para acallar esas voces? La voz de Vicente Rodríguez, por ejemplo, clamando en las tinieblas:”Mátenme. No me dejen así. ¡Mátenme!”.

No se puede..., Coronel.

Y cómo callar, o por qué callar, o para qué callar, si usted sigue subiendo y mandando y si a usted y gente como usted la afamada casa Remington sigue proveyendo de carabinas para fusilar, mientras que a nosotros, y a gentes como nosotros, sólo nos provee de máquinas para escribir.

Mientras usted esté de algún modo arriba no habrá silencio en esta clase de máquinas Remington, y usted haga lo que quiera con las suyas. Cada uno en su oficio y Dios es grande.” (Baschetti: 1994:140)

La representación que Walsh traza de su rol como periodista guarda importantes puntos de contacto con el detective de la novela negra: un hombre de honor en un mundo corrompido de lucha por esclarecer la verdad. “Si hubiera bastantes hombres como el, el mundo sería un lugar muy seguro en el que vivir” escribe Chandler acerca del detective, y esta actitud justiciera encuentra su eco en Walsh: “Sé perfectamente que en este país un jefe de Policía es poderoso, mientras que un periodista -oscuro por añadidura- apenas es nada. Pero sucede que creo, con toda ingenuidad y firmeza, en el derecho de cualquier ciudadano a divulgar la verdad que conoce, por peligrosa que sea” (Walsh: 2001: 10-151)

Walsh concluye el último de los artículos de la campaña periodística acusando a Fernández Suárez de toda una serie de delitos, algunos relacionados con su actuación en los sucesos del 10 de junio y otros ajenos a él. El reciente coronel no responde a estas acusaciones: Quien ha sido reconocido por el Estado no reconoce como interlocutor válido a un periodista que carece de legitimidad incluso dentro del campo que le es propio. La acusación de Walsh carece de cualquier eficacia concreta, es, usando la terminología de Pierre Bourdieu, “una tentativa mágica de recategorización”, el canto de cisne de una derrota.

Conclusiones: acerca de la construcción – tardía – de un acontecimiento

Operación Masacre se propuso construir como acontecimiento un fusilamiento colectivo invisibilizado por los discursos oficiales. Al momento de investigar lo sucedido, Walsh caratula los hechos como una aberración en la doble acepción del término: una desviación del curso previsible y una monstruosidad condenable. El objetivo es el saneamiento de los aparatos represivos del Estado y la reparación de los crímenes. El proceso de construcción del escándalo fue sumamente dificultoso, y sus resultados en el corto y mediano plazo resultaron casi nulos. Así, en 1964, Walsh firma que “este caso ya no está en pie, es apenas un fragmento de historia, este caso está muerto” (Walsh: 2001: 172). La derrota de los intereses de Walsh ha sido total. Así lo reconoce el autor: “Aramburu ascendió a Fernández Suárez; no rehabilitó a sus víctimas. Frondizi tuvo en sus manos un ejemplar dedicado de este libro: ascendió a Aramburu. Creo que después ya no me interesó” (Walsh: 2001: 172). El gobierno no sólo no ha otorgado una compensación a las víctimas, sino que ha reivindicado los fusilamientos. Este epílogo se cierra con una duda: Walsh no sabe si volvería a intentar construir un acontecimiento en torno a este suceso obliterado por la prensa masiva:

“Releo la historia que ustedes han leído. Hay frases enteras que me molestan, pienso con fastidio que ahora la escribiría mejor.

¿La escribiría?” (Walsh: 2001: 173)

Cinco años más tarde, su opinión es radicalmente diferente. El proceso de radicalización política del país – sumado a la relectura del peronismo llevada a cabo por la izquierda – hizo de los fusilamientos de José León Suárez un hito en la historia de la represión política del país. Estos asesinatos ya no son considerados por el autor “un fragmento de historia” sino un hito en el tiempo público del país. Walsh lo enuncia claramente: “Las torturas y asesinatos que precedieron y sucedieron a la masacre de 1956 son episodios característicos,

inevitables y no anecdóticos de la lucha de clases en la Argentina. El caso Manchego, el caso Vallese, el asesinato de Méndez Mussi y de Santiago Pampillón, el asesinato de Hilda Guerrero, las diarias sesiones de picana en comisarías de todo el país, la represión brutal de manifestaciones obreras y estudiantiles, las inicuas razzias en villas miseria, son eslabones de una misma cadena” (Walsh: 2001: 175)

Molotch y Lester advierten que la creación de referencias temporales varía con el tiempo. Si los sucesos narrados en Operación Masacre pueden constituirse en un hito en el tiempo público, es porque ha variado la gama de sucesos en torno a los cuales éste se configura. En la enumeración de Walsh, los sucesos que lo estructuran son diversos actos represivos por parte del Estado. Estas líneas – escritas durante el régimen de Onganía – dan cuenta de un tiempo público cuyas principales referencias temporales están signadas por la muerte. El asesinato de civiles inocentes encuentra su lugar como acontecimiento dentro del tiempo público cuando se considera que dicha dimensión de la vida colectiva está regida por la lucha de clases. La circulación del libro a lo largo de las décadas siguientes da buena cuenta de ello. La primera edición estuvo a cargo de un sello muy marginal, propiedad de Sánchez Sorondo. Siete años más tarde, Continental Service realiza la segunda edición. En 1969 – año paradigmático en la radicalización política del país, a decir de Silvia Sigal – el libro es publicado por Jorge Álvarez, y a partir de entonces, se desata un verdadero frenesí editorial. En 1970 y 1971, se llevan a cabo sendas ediciones en La Habana. Pero eso no es todo: Jorge Cedrón lleva la historia al cine, y un elenco de actores consagrados (entre los que se encontraban Norma Aleandro, Víctor Laplace y Walter Vidarte) participan de la filmación en condiciones semiclandestinas. Y el film contó, en palabras de Walsh, con una importante difusión: “Con el concurso de Juventud peronista, peronismo de base, agrupaciones sindicales y estudiantiles, se exhibió centenares de veces en barrios y villas de Capital, sin que una copia cayera en manos de la policía. Se estima que más de cien mil compañeros la habían visto antes del 25 de mayo de 1973” (Walsh: 2001: 139). La investigación que Walsh había “paseado por medio Buenos Aires” porque nadie la quería publicar alcanza, ese mismo año, su octava edición. Para ese entonces, los verosímiles se han modificado, y los lectores ya difícilmente puedan calificarla de “novela por entregas”. El film está concebido como una denuncia que incluye el testimonio del sobreviviente Julio Troxler. Los intereses de Walsh también han cambiado: ya no se propone el saneamiento de los aparatos represivos del Estado, sino – como lo enuncian las palabras finales del film – “la construcción de la Patria Socialista”. Los hechos narrados en Operación Masacre, en suma, sólo lograron constituirse en un acontecimiento una vez que se reformularon todos los criterios que en un primer momento los definían como asunto

Bibliografía

BASCHETTI, Rodolfo (2009) Operación Masacre. La campaña periodística.

BASCHETTI, Rodolfo. (1994) Rodolfo Walsh vivo, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 398 p. ISBN 950-515-380-5

FERRO, Roberto. (2010) *Fusilados al amanecer*, Buenos Aires, Biblos, 157 p. ISBN 978-950-786-779-8

FOUCAULT, Michel (1979); “Verdad y poder”, en *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid,

MOLOTCH, H. y LESTER, M. (1974) “Las noticias como conducta intencionada: sobre el uso estratégico de los acontecimientos rutinarios, los accidentes y los escándalos” *American Sociological Review*, 1974, Vol. 39 (Febrero): 101-12.

WALSH, Rodolfo (2003) *¿Quién mató a Rosendo?*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 175 p. ISBN 950-515-353-8

WALSH, Rodolfo (2001); *Operación Masacre*, Buenos Aires, Clarín. La Biblioteca Argentina, 187 p. ISBN 84-95594-66-8